



**Miguel Ángel Gil: Arquitecto de catequesis y
aparejador de catequistas**
*Una vida entregada al servicio del Reino, en la
Iglesia, para el mundo... y de colores*

JUAN LUIS MARTÍN BARRIOS

Director del Secretariado

Comisión Episcopal para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado
Madrid

Miguel Ángel nació el 10 de septiembre de 1944, en Garganta de los Montes (Madrid) pero siempre y en todo se sintió y fue murciano de pura cepa. Creció y vivió en El Palmar, en el seno de una familia sencilla en la que bebió humanidad a borbotones, lo que sirvió de terreno abonado para la semilla de la fe. Conocía bien la huerta y sabía que de todo aquello que se siembra con alegría nada se pierde y siempre da buenos frutos, tan ricos en sabor y bellos en color como los pimientos y tomates propios de la tierra. El color verde, esperanza alegre, y el color rojo, amor entregado. Allí aprendió a hablar, a andar, a amar. Allí aprendió los primeros rudimentos de la fe cristiana y allí balbuceó las primeras oraciones. Con el mar Mediterráneo de fondo, descubrió la belleza de horizontes, la amplitud de miras y el movimiento de las olas. Tres ingredientes sustanciosos para conocer, amar y seguir a Aquél que daría sentido a su vida, Jesús, el Hijo Amado, Camino que le conducía al Padre, Verdad que le hacía libre y Vida que le llenaba de alegría.

Ingresó en el Seminario Menor San José donde cursó las Humanidades y pasó al Seminario Mayor San Fulgencio donde realizó los estudios de Filosofía y Teología. Fue ordenado sacerdote por la imposición de manos del obispo Miguel Roca. Tenía 25 años. En el ejercicio de su ministerio ha desarrollado casi todos los servicios eclesiales habidos y por haber, casi siempre compaginando varios a la vez. Siempre cercano al Seminario diocesano como formador, profesor, director espiritual y siempre colaborador en cuanto se le pidiera ¡que fue mucho! Él no era ni más ni menos que un trabajador en la viña del Reino de Dios.

Años más tarde amplió sus estudios en Filosofía y Ciencias de la Educación en la Universidad de Murcia, se licenció en Estudios Eclesiásticos en el Instituto de Teología de la diócesis, adscrito a la Universidad Pontificia de Salamanca, y alcanzó el mismo título en Teología Catequética en la hoy Universidad San Dámaso de Madrid.

En el alma grande de Miguel Ángel latía, junto a la dedicación al Seminario, otra preocupación que le apasionaba siempre y en cada momento fue la transmisión de la fe por medio de la catequesis. Cómo ayudar a que el mensaje del evangelio resuene en el corazón del oyente, para convertirlo en creyente y transformarlo en agente. Y en esa apuesta, su obispo D. Javier le encargó la delegación diocesana de catequesis, encargo que se repetiría en tres ocasiones (1976-1987; 1990-1998; y de 1998 hasta que la enfermedad se lo permitió, casi al final de su vida).

En los intermedios de tiempo entre un servicio y otro no estuvo quieto. Colaboró en diversas parroquias, ejerció de profesor de Catequética fundamental y Pedagogía, arrimó el hombro en lo que se le pedía: secretario en la visita pastoral, director de la biblioteca del Instituto Teológico, delegado episcopal para la vida consagrada y canónico en la Catedral de la Santísima Virgen María.

En medio de estas inquietudes y pasiones conocí a Miguel Ángel. Después, y seguro que viendo el buen hacer, se remangó la camisa de su disponibilidad y se vino a Madrid ante la llamada de la Subcomisión Episcopal de Catequesis para que asumiera la dirección del Secretariado (1987-1990). En este último año, regresaba yo de Roma, donde había conocido buenos amigos murcianos, y me encargaron en la iglesia de Zamora las tareas de evangelización y catequesis. Confieso que desde el inicio me cayó bien y percibí que hacía honor a su nombre como enviado para dejar a Dios ser Dios.

Por cercanía y afecto destaco como tres momentos significativos en nuestra relación ordinaria: la invitación en dos ocasiones para animar jornadas de catequistas en la diócesis de Cartagena-Murcia; un cursillo compartido para catequistas en las misiones españolas de Ginebra y Zürich (Suiza); y mi propuesta, aceptada por los señores obispos de la Subcomisión, para que Miguel

Ángel formara parte del Consejo Asesor de Catequesis en este Secretariado, en el que ha permanecido hasta el final. Fue un entrañable compañero de camino. Doy gracias a Dios por ello.

Son varias las páginas en su curriculum las que muestran sus publicaciones solo y en colaboración, su participación en revistas de catequética (reflexión) y de catequistas (acción), exposición de ponencias, participación en cursillos, organización de jornadas diocesanas, interdiocesanas y nacionales así como la animación de cursillos allende nuestras fronteras. Y me pregunto, ¿cómo pudo resistir tanto su voz y su garganta? He podido entender, por medio de la persona que le cuidaba y de nuestros amigos comunes, que en la medida que empequeñecía por la enfermedad física, engrandecía en su interioridad, fruto, sin duda, de la acción del Espíritu Santo a quien tanto suplicó y de quien bellamente escribió con motivo del Jubileo del año 2000.

Tengo sobre mi mesa, como recuerdos entrañables, a modo de pequeños sacramentos, tres signos visibles de una presencia invisible, dos libros y un esquema doble. Los libros llevan por título *Iniciarse como catequistas* y *Catequista llamado y enviado*. El esquema, sabiamente ilustrado, conlleva una parte que refleja el *Itinerario catequético de Infancia y Adolescencia*, donde diseña las cuatro etapas de la iniciación que estos destinatarios han de recorrer para ser cristianos; y en la otra parte diseña la estructura del catecismo *Testigos del Señor* ¡Que delicadeza, hondura y sencillez!

Pronto comprobé que era un arquitecto en la elaboración de planes de formación para catequesis, un aparejador de diseños en libros y materiales, un alfarero que acariciaba la arcilla de los catequistas y un panadero que amasaba con sus manos el pan de la palabra, sencilla para los niños, comprensible para los adultos, contagiosa para sacerdotes, urgida para consagradas y acariciante para cursillistas.

Decir, en fin, que nuestro Miguel Ángel se codeó con los mejores catequetas españoles de su época y pude ver cómo se apreciaban: D. José Manuel Estepa, Vicente Pedrosa, D. Elías Yanes y Ricardo Lázaro. Todos ellos, mirándolos ahora en perspectiva, con respeto y gratitud, nos despiertan del acostumbramiento y, por qué no decirlo, de la superficialidad personal y colectiva, también eclesial, que nos envuelve, a pesar de las constantes llamadas del Papa Francisco reclamándonos la vuelta a lo esencial cristiano, a Dios nuestro Padre y a una fraternidad universal.

Miguel Ángel, se durmió en el Señor el día 20 de febrero de 2021. Era un hombre, un cristiano y un sacerdote de calidad y, a sus 76 años forjados, de calidez. Como tantas veces aquí en la tierra ahora allí en el cielo nuestros catequetas de pro habrán salido a esperarle a la puerta, le habrán acompañado por los caminos de la gloria y le habrán acogido con la atención que los buenos

maestros, amigos y hermanos se procuran. ¡Cuántas gracias derramadas en estos hombres de Dios! Ahora la Iglesia bendice y aplaude al unísono el canto de una vida entregada, una vocación gozosa y un ministerio fructífero.

Que todos ellos, en sinodalidad, desde la otra ribera de la vida, participen de la gracia del Padre, gozosos de haber seguido a Jesucristo, testigos de los dones del Espíritu Santo y bajo la mirada maternal de la Virgen María intercedan por nosotros para que seamos fieles al Evangelio y que nuestro servicio a la catequesis sea fructífero. En la comunión de los santos... de corazón... ¡muchas gracias!... Ah! Miguel Ángel... y de colores.